

# MADRIGALES

## I

Tus bellos ojos, María,  
no admiten ningún reproche;  
pues ellos son un derroche  
de ensueño, gracia y poesía.  
Tienen las luces del día  
y el misterio de la noche.

## II

En este verso florido  
te mando un beso, ave loca  
que de mis labios ha huido  
y anda buscando tu boca  
para en ella hacer su nido.

## III

Figurita de *biscuit*  
es tu cuerpo delicado,  
pequeñito, para que  
quepa todo en un abrazo.

## IV

Que el sol toma la lumbre de tus ojos  
es la pura verdad, no son antojos.  
Pongo a la oscura noche por testigo;  
prueba y verás si es cierto lo que digo.  
Asómate un instante a la ventana  
y oirás al punto en tan tranquila hora  
cómo la alondra su canción desgrana  
creyendo que la aurora  
disipa de la noche el negro velo  
y baña en luz la inmensidad del cielo.

MANUEL MONTERREY

# EL ENCUENTRO

por Augusto OLIVER MARCOS

**R**ICARDO Sandoval—doctor en medicina y cirugía—era extremeño y cada vez que pasaba por la calle de la Cruz, para llegar a Sol o a la Carrera de San Jerónimo tenía la certeza de encontrarse con un paisano. Casualidad o no esto era evidente. Quizá fuese un caso de risa, tal vez una superstición pero él llevaba viviendo en Madrid, quince años: siete durante sus estudios, en la Universidad y los restantes en el ejercicio de su profesión. En quince años había cruzado muchas veces por esta calle, a todas las horas del día y de la noche y siempre había encontrado a alguien de su tierra. Por esto le invadía al entrar en la calle de la Cruz una curiosidad morbosa, acuciante... un deseo incontentido de averiguar con antelación el nombre del extremeño de turno. No lo conseguía, claro está, pero siempre encontraba a un paisano. Muchas veces sólo los conocía de vista, otras veces, era un vago recuerdo, pero él tenía artes para comenzar una conversación y darse a conocer. Después, todo resultaba fácil; hablaban de la tierra; se contaban sus cosas y quedaban amigos.

Una tarde que cruzaba la plaza de Benavente para bajar por Carretas el amor regional le impulsó a hacerlo por la calle de la Cruz y aquella vez se encontró con Emilio García.

Le reconoció en seguida, estaba muy grueso y su frente más despejada por una calvicie incipiente, pero el mismo andar de oso perezoso, los mismos ojos inquisidores y el rictus amargo de su boca. Tres lustros sin saber el uno del otro. Los recuerdos acudían deshilvanados, en tropel. Las francachelas de adolescentes, sus iniciales aventurillas amorosas, los primeros problemas de la vida los había conocido con Emilio porque Emilio había sido el amigo íntimo para quien no se tienen secretos, y al que se le distingue y aprecia tanto como al hermano. Recordaba que al terminar el bachillerato Emilio había marchado a Salamanca a estudiar Derecho y él a Madrid a cursar Medicina... se habían escrito un par de cartas y después nada. Quince años y de improviso y como caído de Dios sabe donde, aparece frente a él, en la mágica y sorprendente calle de la Cruz.

Le llamó por su nombre y se acercó a él. Se saludaron con alborozo, sin fingimientos, con la alegría jubilosa de la vieja amistad. Tumultuosamente se sucedían sus preguntas y respuestas y con más o menos ilusión se contaron sus vidas en el largo interregno de quince años.

Emilio García se había hecho abogado en Salamanca. No le costó gran trabajo, era buen estudiante y cursó la carrera sin gran dificultad, sólo la Economía le dió algún tropiezo, pero al fin soslayó todos los obstáculos. Regresó a su tierra con un título universitario y la mirada puesta en todos los puntos del horizonte, para buscarse un porvenir... Lo encontró en una mujer. Se llamaba Luisa y la conoció en las fiestas de un pueblecito cacereño. Luisa era fea, vulgar e insignificante, pero inmensamente rica y de educación no andaba muy sobrada. Pero todo esto le importó poco a él. Ella rica, él ambicioso y pobre, supo deslumbrarla con frases adormecedoras. Emilio sabía que las bellas palabras alcoholizan a las mujeres y usó esta táctica con cálculo frío de agiotista. Ganó la jugada. Poco después estaban casados. El cerró su bufete, abierto no ha mucho, y administraba «sus» fincas, vigilaba a los criados y, de vez en vez, como ahora, hacía su escapada a Madrid, donde dejaba tras él un reguero de oro ganado con poco esfuerzo, que se repartían ávidas las ramerías que seguían su rumbo de rico extremeño. Había engordado mucho y la grasa y el dinero daban a su persona el aire socarrón de hombre satisfecho. ¿Fue un éxito su matrimonio? Ni él mismo lo sabía. No regañaba con su mujer, esto ya era bastante. Sabían respetarse mutuamente y ella tenía la sensatez de ignorar el verdadero motivo de sus viajes a la capital. Le había dado dos hijas, pero en nada se parecían a él. Esto era todo.

Ricardo Sandoval se explicó después. Contó sus años de ilusión para terminar la carrera, trabajos, noches en vela rumiando la sofocante Anatomía. Por último el título. No quiso volver a su tierra, un médico pobre y sin influencias como él, tenía más probabilidades de triunfar en Madrid. Aquí le conocían los catedráticos y podría medrar a sus sombras. Entre la ayuda de sus profesores y su voluntad se abría paso con titánico esfuerzo. Trabajaba, pero poco a poco iban aumentando sus ahorros y los doctores de los que era ayudante le daban constantes pruebas de aprecio. Era bastante para sus humildes principios y si las cosas seguían como hasta hoy, quizás llegaría a tener clínica propia, en calle céntrica, o tal vez si la fortuna le mirara sonriente fuese un sanatorio la meta de sus trabajos. Sanatorio, donde él sería un emperador de blanco manto, seguido por infinidad de médicos y enfermeras —sus cortesanos— que a sus órdenes exclamasen «sí, señor doctor», «bien, doctor» o algo parecido. Se había casado, sí, con una madrileña bonita y hermosa, sobre todo muy hermosa: un cuerpo que recordaba los modelados por Praxiteles, y un encanto sexual que embelesaba, era una mujer que parecía escapada de un cuadro de Caravaggio. La había visto por vez primera en un baile popular y los nombres se la disputaban. Ricardo aseguró a sus amigos que «aquella» sólo bailarían con él. Lo consiguió, sí, pero quedó atado, esclavo para siempre de aquella hembra de cuerpo de diosa y mirada relampagueante. Ella era pobre tanto o más que él si esto era posible, pero Ricardo qué poseía fuera de su inteligencia... Ahora vivían felices y un niño adornaba su matrimonio.

Era bastante tarde cuando dejaron de charlar los dos amigos. El tiempo había pasado rápido, sin sentirse apenas, como acostumbra a pasar el tiempo en los momentos agradables. Se despidieron y se felicitaron por aquel fortuito encuentro que tanto les aproximó.

De regreso a su casa Ricardo Sandoval seguía pensando en su amigo. La alegría de los primeros momentos se ensombrecía, le nacía un resquemor como de envidia hacia el amigo poderoso y con suerte. En su fondo también le admiraba porque había hecho el matrimonio ventajoso que siempre anheló. ¡Dinero! Qué Emilio. Siempre fue igual, tan calculador, tan egoísta. Mientras Ricardo miraba el talle de una mujer, él inquiría el volumen de sus riquezas. ¡Qué grandísimo zorro, cómo supo buscar una compañera rica...! ¿Que era fea, y ordinaria? Y qué... apagando la luz todas las mujeres son iguales. La verdad era que Emilio vivía sin preocupaciones económicas viviendo sin trabajar, como un señorón feudal de aquellos del medievo y esto era importante. Al compararse con el amigo se sentía empequeñecido, se veía pobre y humilde suplicando aquí y allá alguna operación quirúrgica de poca monta que por su insignificancia permitía que él la realizara y aprovechase de aquellos despojos. Se veía trabajando afanosamente como el más miserable de los ganapanes, husmeando por todas partes algo que le proporcionase dinero para llevarlo a casa... El triunfo que él deseaba, tardaba en llegar, casi tenía plena conciencia de que ya no llegaría; todas las ilusiones se le iban quedando atrás como jirones de una vida frustrada. El dinero no llenaba sus arcas como él hubiese deseado, con esto se esfumaban aquellos deseos de investigación pura que tanto anheló. Con dinero podría hacer grandes cosas: descubriría algún mágico procedimiento para curar el cáncer, o hallaría la causa de ese extraño padecimiento de la piel: el vitiligo. Con dinero llegaría a la fama, sería como un Jenner, o un Koch, aunque tampoco le disgustase la notoriedad a lo Charcot o a lo Haveloch Ellis. Pero no había por qué seguir soñando. Todos sus pensamientos qué eran sino desvaríos. El Ricardo Sandoval, tendría que seguir trabajando penosamente durante toda su vida y no ser otra cosa, que un vulgar mediquillo, una gris medianía...

Aquel encuentro con Ricardo había desazonado un tanto a Emilio García; la prueba era que ahora que se había separado la sombra del amigo seguía en su imaginación. El, siempre tan alegre y despreocupado, iba ahora serio.

Pensaba en la felicidad de Ricardo porque de su dicha nadie podía tener duda, lo tenía todo para serlo... La carrera y su mujer, con qué entusiasmo hablaba de los dos. En cambio, él sólo estudió una carrera, como medio para buscarse un bienestar económico... no ejercía y lo había olvidado todo. Se casó con Luisa sin cariño, por la materialidad de su fortuna. Ignoraba la nobleza de un ideal, porque sólo veía en la vida el vulgar materialismo, el prosaico vivir. Desconocía el amor, el puro afecto... Decididamente no quería a su mujer,

ni a sus hijas, sólo se amaba él y sólo al dinero dedicó todos sus afanes, ahora lo tenía en abundancia y sólo le servía de humillación. ¡Qué vida la suya y qué irracional su conducta! El, que siempre fue tras el dinero, veía ahora que no representaba gran cosa para su felicidad. Era vergonzoso, que él, Emilio García, se hubiese enlodado, de tal manera, vegetando en aquel pueblo en un parasitismo económico que ahora le repugnaba. Consiguió a la palurda adinerada, pero, ¡vaya un hallazgo! Su mujer rica, pero vulgar e inaguantable, que al hablar decía *antiguísimo y diferencia...*, no sabía cómo aguantaba aquella situación insostenible. Pensó en su hogar frío y desgajado: sus hijas internas en un colegio, su mujer, huyendo de él y él encanagado en el casino, cuando no en lugares inconfesables.

Se sentía asqueado, por haber malgastado en un empeño irrisorio su pasada existencia..., toda su vida, ¡qué sarcasmo! y había ¡sido él mismo quien se marcó la derrota. Su amigo Ricardo, sí que era feliz, hasta tenía lo que tantas veces deseó: un varón que heredase su apellido. El tenía dos hijas, pero idénticas a su madre y le querían poco, tan poco, como él a ellas. Reconocía que toda su vida estaba trunca, todos los remedios ineficaces, sólo le quedaba el maldecirse por elección desacertada.

Ahora empezaba a dolerle la cabeza, le ocurría esto siempre que pensaba. Se decía que las ideas, los pensamientos, parecían tener peso y se acumulaban en su cerebro unos con otros formando un cuerpo bullicioso que aumentaba la presión en su cráneo. No era un dolor fuerte, era un murmullo loco muy desagradable, por eso nunca quería tener pensamientos en su interior... Este Ricardo y su encuentro le traían dolores de cabeza. Era preciso desentenderse de los recuerdos. ¡Al diablo Ricardo! Emilio García había venido a Madrid a divertirse. Estaba ahora en la Gran Vía... buscó un bar lujoso y entró decidido... para empezar la juerga tendrían que beber en abundancia.



## DIA y HOMBRE

El día cruje como un barco encallado.  
y la luz está ahí con su anillo de blanca desposada.

El hombre se levanta  
con el temblor que tiene la madera  
cuando el brillo del hacha ilumina su piel.  
descorre las cortinas,  
se desviste de sueño  
y pone su cabeza en los puños del agua  
para sentir la realidad que llega.

El hombre toca el hueco de la taza,  
pone un beso de abeja sobre el borde  
y se bebe la sangre de la yerba;  
toma un cigarro entre los dedos  
y va durmiendo el humo entre sus pasos.

La ciudad está ahí con su brillo de fleje,  
con su cantar de cuervo,  
con su empuje de río,  
con su rodar de aro  
y sus paletas húmedas de muerte.